

Del Arte, su percepción y sus Mitos

Existe un viejo cuento que dice que un maestro luego de irse a la montaña en busca del conocimiento, descubrió que el verdadero saber estaba en no saber nada. Fue por esto que cuando regresó a su aldea y todos le preguntaron qué era lo que le había sido revelado, él dijo: Nada, porque no hay que saber nada. Luego de haber dicho esto se marchó para nunca más volver a ser visto, ya que sabía que únicamente le quedaba a seguir, el camino de la contemplación. En el pueblo mientras tanto, los pobladores hicieron una asamblea solemne para discutir entre todos los eruditos, el significado de tales palabras llenas de tanta sabiduría y profundidad. Luego de meses y meses de discutir acerca del asunto, felizmente terminaron de escribir un denso tratado de tres tomos titulado: La nada y las consecuencias del no saber nada. De estos tres tomos a la vez salieron otros 5 compendios, un glosario de términos y un índice de referencias y anotaciones pertinentes al tema. Se elaboró un pensum de estudios sobre la Nada y hubieron quienes debatieron el tema creando la corriente de pensamiento AntiNada y la No consecuencia. Otros aseguraron que tal maestro era un profeta y crearon una religión llamada el Nadismo y de esta nueva religión se creó una contra-religión y luego una contra-religion de la contra-religion. Un día, el anciano regresó al pueblo porque sabía que ya había terminado su tiempo y quería morir con los suyos. Cuando llegó, se encontró con que habían erigido un templo en su nombre y una estatua con su rostro a la cual alababan y adoraban muchos de los pobladores. Cuando preguntó a uno de ellos por qué lo habían hecho, le dijeron orgullosos: Por que usted nos enseñó que no debíamos saber nada. Cuando leo estudios y ensayos sobre alguna obra de arte o algún artista de cualquier disciplina expresiva, pienso un poco en este cuento. Páginas de estudios, ensayos, análisis, cuadros sinópticos, diagramas estéticos y referencias, solo objetivizan y congelan el proceso apreciativo de la obra y lo diseccionan en sus partes menudas como quien desmenuza una rosa para encontrar la flor que hay en ella. Muchas palabras y muchos estudios al respecto

El análisis de la obra de arte siempre existirá paralelamente a la obra y su creador. Es la parte activa racional del proceso de observación de la obra

resultan al final totalmente inútiles para apreciar la obra. Los encasillamientos estilísticos y las corrientes de pensamiento no son más que consecuencias de un proceso entrópico intelectual. De donde únicamente sobrevive aquello que logra montarse sobre lo existente. Como una montaña de ideas, pensamientos y conjeturas que crece sin control sin tomar forma alguna ni dirección hacia ningún lugar. La mente humana siempre tenderá a clasificar, categorizar y racionalizar todo lo que percibe a su alrededor. Y esto incluye también el quehacer artístico y la obra artística. Lo hará como parte de su proceso mental, muy necesario para su sobrevivencia y el manejo de su memoria colectiva e individual. El análisis de la obra de arte siempre existirá paralelamente a la obra y su creador. Es la parte activa racional del proceso de observación de la obra. Sin embargo los campos del análisis e interpretación de la obra de arte, son tan ambiguos y poco delimitados que de por sí, no debieran ser determinantes en el proceso de apreciación y fruición de la obra. Esto debido a que cualquier análisis de la obra será siempre relativo al observador que la hace y al momento y circunstancia en que la hace. Por tanto, cualquier persona que se preste a observar una obra de arte, está en libertad de tomar o no tomar el criterio de otra persona para apreciar la obra en cuestión. Entiéndase tomar el criterio cualquier analítico, crítico o estudioso del tema. Y parte de ahí el primer mito sobre la apreciación del arte que debe ser anulado. Puede ser, y esto es decisión únicamente del observador, que conocer el criterio de otra persona puede ayudar a la apreciación y fruición de la obra, pero, si la obra se quiere contemplar fuera de contexto y sin referente alguno, también es válido. Aún si como resultado de tal apreciación se pronuncie un juicio emotivo tan básico como feo o bonito.